Una interpretación de la revolución nacionalsindicalista los poderes "chthónicos" y los poderes históricos

Manuel Souto Vilas

A don Carlos Ruiz del Castillo, rector de la Universidad de Santiago

Insistencia

Respetad mi insistencia, respetad mi reiteración, mi apelación obsesionante a cuanto es en sí originario, primigenio, prístino: raigambres y no frondas, savias y no flores y frutos, instintos y no hábitos, coraje y no cálculo, voluntad y no libertades, sabiduría y no ideologías. Si hoy, en un día de reflexiones acerca de la relación entre el alma de Galicia y el sentido y los móviles últimos de la Revolución de España, de la Revolución nacionalsindicalista; si hoy mi espíritu aventura un adjetivo tan primitivo y tan helénico como "chthónicos", es que en ese adjetivo redivive el deliquio hacia cuanto es vida germinal, brío epocal, sabiduría fundamental y, además, ¡además!, se captan y se expresannlas esencias cósmicas del alma de Galicia, las esencias límpidas de la Revolución nacionalsindicalista y las esencias epocales del "ethos", que impulsa y rige la vida inaugural de los imperios venideros y mundiales.

Mi reincidir, mi recaer en anteriores tesis o posiciones, no responde a una preferencia ni romática ni personal, sino que responde a un eco universal que recalca y resalta en sí el golpe decisivo, inexorablle, del Titán invisible que forja el destino actual de los pueblos y de los estados solares. Ahora, cuando mi pupila abarca mayores horizontes, hallo auténticas y justificadas, repletas de sentido y de razón histórica, aquellas dos oposiciones extremas entre el campo y la ciudad, entre el campesino y el burgués, considerados como dos tipos de vida, y, por ello, como dos tipos de ser individual, soocial y espiritual de los hombres, que se perfilan sólo en la cima de la historia, y cuyos dos índice máximos se erguían incólumes en dos series enfrentadas, retadoras: el hombre del campo, como tipo de humanidad integral y superior, debe alzarse contra el hombre de la ciudad, como tipo de humanidad residual y exhausta; el hombre de la tierra, el paisano, en cuyo seno perviven latentes aptitudes y valores originarios -aquellos mismos que hicieron noblezas y naciones-, debe engreírse y lanzarse imponente a debelar al hombre burgués, y su réplica el proletario, hombres elementales cuya vida no es una urdimbre de instintos espontáneos, de intuiciones vivientes, sino un sistema de ideas estereotipadas, de ocupaciones mecánicas, de quehaceres momificados. Y con el brío juvenil y el delirio augural de todos los iniciadores e impulsores de las J.O.N.S., preludiaba:

“Hay que salvar el hombre prístino, el paisano que conserva y construye con intuiciones originarias el esquema de un mundo integral de valores. EL hombre prístino es el único ser humano que persiste incólume, que no ha deshumanizado -¡oh, paradoja!- el humanismo de la época cultural que se inicia en el Renacimiento, culmina en la Ilustración y finaliza en las postrimerías del siglo XIX, y ante cuyos restos inclina rendidamente su cabeza nuestra juventud ciudadana y civilizada. Hay que repristinar al hombre elemental: sistemático y especialista, burgués y proletario. Solo el hombre prístino puede contener la avalancha de hombres-masa, de las masas.”

Los poderes “chthónicos”

Bien; pero ¿Qué son esos poderes “chthónicos”, a cuyo conjunto despertó la Revolución nacionalsindicalista, sacudieron su modorra las levas campesinas de las vegas y eriales de España, y resurgieron entre las naciones de Europa dos ciclópeos Imperios? Transcribimos y trasladamos, por el término helénico “chthonos”, el término latino “tierra”, como por el helénico “ethnos”, el latino “raza”, o por “ethos” gurgitamos “genio moral”, “nobleza”, “hidalguía”. Y esta tríada de voces -”chthonos”, “ethnos”, “ethos”- no es un trío sonoro que acuerda unas dicciones eruditas, vacías de sangre y de idea, de savia existencial y de savia espiritual, no; son los motores propulsores de esta edad entre auroras. Cuando Mussolini quiere expresar la profundidad y la altitud exigidas a la vida fascista, el genio moral y la esencia moral de su Estado, prorrumpe vehemente que su estado es un Estado “ético”: “El Estado fascista -dirá- posee una conciencia y una voluntad suyas. Por ello se llama un Estado “ético”. Y cuando Hitler y el nacionalsocialismo quieren expresar idénticos latires existenciales y la raíz popular de sus Estado, que éste se identifica con el “ethos”, con el genio nacional de Alemania, apelan a la castiza palabra tudesca “Volkstum”, y así dirá Hitler: “El supuesto para la existencia de una humanidad superior no es el Estado, sino el “ethos” popular – “Volkstum”- , que está dispuesto virtualmente para un tal fin.” Pero agrega que el “ethos” nacional reposa sobre la raza; por lo tanto, la misión del Estado es la conservación y la propulsión de la existencia racial y, en su virtud, de “la expansión libre de todas las fuerzas latentes en una raza”. A medida que se ahonda más en lo substratos existenciales de la vida nacional, desde los cuales remontan su vuelo cenital las águilas imperiales, se cala y recala, una y otra vez en la veta racial, en la raigambre étnica, vivero perenne de vidas que perpetúa a los individuos y a las naciones. Pero un substrato todavía más primordial y más universal, en el cual son asumidos los dos supradichos,

se descubre cuando se alude a la tierra, al "chthonos", al espacio existencial de las naciones que los griegos antiguos ensoñaban poblados de espíritus, de divinidades "chthónicas", de potestades creadoras y recreadoras, que ya emitían sus profecías desde los oráculos de las salvas a sus pitonisas, ya habitaban en las entrañas de la tierra, del "chthonos", en el Tártaro, si hemos de creer a Esquilo que en su tragedia "Euménides" no olvida "las potestades que poseen su sede bajo la tierra" ("ai katá chthonos Theai").

Los poderes "chthónicos" son – digámoslo en una palabra de la misma raíz, ya familiar a los oídos españoles – los poderes autóctonos – "autochthonos" -, que nacen de por sí mismos, la vida fundamental "in status nascendi", la existencia en sus raigambres y no en sus frondas, flores y frutos. Los "chthónicos" aparecen como la raíz generatriz de los poderes históricos, ya sean sociales, ya políticos, ya culturales. Los poderes históricos supremos viven siempre a expensas de los poderes "chthónicos" fundamentales, que generan, nutren y engrandecen hasta la subliminidad a sus epígonos. En su esencia, los poderes "chthónicos" jamás se agotan o se extinguen con los poderes históricos; preexisten y persisten a su caducidad. Esto es, mientras los primeros son eternos, pertinaces en su interioridad intemporal, los segundos son efímeros, fugaces en su expresividad temporal. Un hombre, un pueblo, son tanto más perennes, inconmovibles, cuanto más reposan cerca de los poderes "chthónicos", y, por tanto, se contraen o revierten a sus "chthonos" o tierra; a su "ethnos" o raza, a su "ethos" o genio popular. Por eso todo progreso que no es además un regreso a su impulso original, "chthónico", languidece y se extingue después de haber experimentado la impotencia e insustancialidad de sí mismo.

Pues sólo hay una cosa sustancial, permanente, y es esa existencia "chthónica" que fulgura en apoteosis y apocalipsis, pero no la afectan ni apoteosis ni apocalipsis. En cambio, la existencia histórica se consume y se disipa entre glosrias y catástrofes, entre ascensos y descensos, proclives y declives.

Revolución: su concepto genuino

Pero la gran tragedia y la gran parodia de la humanidad radica en que los poderes históricos y culturales se erigen y se alzan contra los poderes "chthónicos", fundamentales, en que las superestructuras, ebrias de soberbia y de poderío, se desligan, se emancipan de las infraestructuras, cosmos de savias y deidades, y en su delirio, los poderes históricos quieren no solo afirmarse como los poderes supremos, sino también

afirmarse como los poderes raíces, como sedes de majestad. La vida cultural se opone a la vida augural, y se retracta de la misma; la vida política se opone a la vida genial, e intenta destruirla; la vida de la libertad, a la vida de la voluntad, y pretende suplantarla; la vida económicosocial, a la vida solariega y racial, y se esfuerza en oprimirla; la vida de los poderes financieros, a la vida de los poderes fundiarios, y se excede en explotarlos. Pero entonces las potestades “chthónicas” , que moraron siempre en las entrañas de la de la existencia, entre bóvedas combas y las arcadas estalactíticas de la tierra, arrecian el ánimo de las furias revolucionarias y abaten entre convulsiones y cataclismos, la soberbia y el poderío de los poderes históricos supremos cuando se ciernen más majestuosos, más libres, más despreocupados de sus orígenes prístinos. Porque revolución, en su concepto radical, es la sublevación de los poderes “chthónicos”, es la subversión promovida por los poderes prístinos contra los poderes históricos de supremacía artificial y artificiosa, escindidos y emancipados de sus raíces primigenias; es la sangre vital de una raza, de una estirpe de hombres, que quiere recobrar su vigor creador y la soberanía sobre poderes suyos, engendrados y nutridos por la misma, pero que, de una u otra forma, han advenido extraños, ajenos a la esencia de su vida primordial. No fue una veleidad, sino una necesidad imperiosa, el que la revolución fuesenel estado normal de la sociedad durante estos dos siglos postreros, en los cuales los poderes históricos enarbolaron la bandera de la libertad y obraron como si fuesen libres, y en un acto de rebedía diabólica se desasieron de los poderes culturales de los poderes “chthónicos” e intentaron dominarlos, esclavizarlos. La falta o la pérdida de fe y de confianza en las creaciones históricas y culturales, la reacción permanente contra las “ideas modernas” o las “viejas ideas” en su forma extrema: el nihilismo; como también la apelación repentina a la naturaleza y hasta la divinidad, que preceden o subsiguen a toda convulsión revolucionaria, son signos ostensibles de que la revolución está siempre al servicio de los poderes “chthónicos” y de que estos reivindican su supremacía sobre los poderes históricos. No importa que unos se apoyen en la naturaleza contra la historia, o que los otros en la historia contra la naturaleza, y que salgan a relucir encantadoras palabras: barbarie y cultura, caos y orden, primitivismo y civilización, reacción y progreso, que son simples armas de la revolución misma, sino que importa solamente que se han transformado las épocas históricas, y que los poderes “chthónicos” han impuesto su ley. También el fascismo, el nacionalsocialismo y el nacionalsindicalismo, que se apoyan en las

potencias “chthónicas” y que representan la última de sus revoluciones, la última de las subversiones de la tierra, de la raza y del genio nacional contra sus detractores, contra sus impugnadores, contra sus suplantadores, contra los deshumanizados, contra el éxodo y la depredación de los poderes históricos supremos: también ellos apelan a la historia, a la cultura, al Estado. Ahora bien; esa historia, cultura y Estado y otra gama de valores han sido trasmutados y trasvalorados de tal modo, que nadie reconoce ni sequiere que se reconozca en el Estado “ético” del fascismo y en el Estado “racial” del nacionalsocialismo al Estado “liberal” de la Revolución francesa, y así, podríamos decir que cualesquiera otros conceptos, entidades o valores cuyos contenidos han sido alterados por completo. Una fe, una idea y una acción nuevas se apoderan de los corazones y de los espíritus.

“¡Abajo los intelectuales!”

Ya dijimos que todo período revolucionario coincide siempre con una carencia de fe en los poderes históricos y culturales, con un escepticismo y nihilismo que conducen a la destrucción de sus creaciones, aún las más valiosas; con un pragmatismo que proclama la acción, aún la más ciega y la más violenta, el principio activo de todas las creaciones o realizaciones humanas, y con una reversión súbita a la naturaleza y a la divinidad, que no se apoya en una metafísica ni en una teología como ciencias filosóficas de unos seres fundamentales, pues no se cree en las mismas debido a que el irracionalismo y el naturalismo invaden todo el ser del hombre y de la sociedad; pero, además debemos de decir que, por todas esas razones, coincide con un odio implacable a los intelectuales a quienes se fustiga y persigue despiadadamente por cualesquiera partidos o sectas, y un odio de la misma índoles a la inteligencia y a la razón, cuyo odio, diría Aristóteles, es vacar a la contemplación y exposición pura y simple de la verdad en sí misma. Sin embargo, irracionalistas y naturalistas de las últimas jornadas, no os alegreís, pues no se trata de apelar meramente a lo irracional, a lo orgiástico, a lo dionisisaco contra lo racional, lo lógico y lo apolíneo, retrogradar desde la cultura a un estado de naturaleza; gárrulas gargantas que ya gritasteis “¡Abajo los intelectuales!” con una desfachatez iverecunda ante el integral “¡Arriba España!”, sobre el cual se cocina la era actual, no os congestionéis, pues no vais a prevalecer, y os diré la razón: Entre los poderes “chthónicos” figura la inteligencia, la razón misma que, desde Anaxágoras hasta Santo Tomás, desde Santo Tomás hasta Hegel, ha sido conocida en sí misma como autor y motor

originarios del universo – “Primum autem auctor et motor universal, est intelectus” (Santo Tomás, “Summa contra gentiles”, lib. I, cap. I) -. Misólogos u odiadores de la razón: odiad, odiadla. Sin embargo, advertid que la razón no se identifica con vuestras “ideas modernas” ni con vuestras “viejas ideas”, sino que es idéntica a ella misma y su verdad, y no olvidéis que la verdad, la sabiduría, requiere ánimos de temple heroico, indoblegables, insobornables, sin miedo a calvarios. Y es que una cosa es el intelecto, el espíritu racional, y otra cosa las ideas y sus sistemas: las ideologías, que pueden ser más o menos verdaderas y más o menos imperecederas, ya que, en todo caso, existen, obran y se extinguen en virtud del intelecto, del espíritu racional mismo, el cual, él sí es “chthónico”, imperecedero y a “fine usque ad finem attingit” – supera todos los extremos -. Así como también una cosa es la voluntad de un pueblo y otra cosa sus instituciones, que pueden ser más o menos autenticas y más o menos perennes, según se hallen más o menos implantadas y congruentes con la voluntad misma, la cual, ella sí, es inextinguible, inconmutable en su esencia pertinaz. Así como del mismo modo, una cosa es el suelo y el trabajo de un pueblo, y otra cosa sus instrumentos, sus máquinas, sus organizaciones económico-sociales, que aparecen, se transforman o desaparecen en el decurso de la historia, mientras que el suelo y el trabajo son un substrato y una actividad en sí “chthónicos”, existenciales. A la verdad, como pensaba Hegel, sólo cuando el espíritu, que se ocupa con su esencia prístina, no halle en sí existencia real, sólo entonces es cuando hay que aceptar que ya no existirán ni metafísicas ni otras ciencias, ni ciencia política del estado ni el Estado, ni leyes, ni hábitos morales, ni Institutos económico-sociales, ni revoluciones pacíficas o sangrientas. Pero esto ¿cuándo ocurrirá?

No; la Revolución nacionalsindicalista, en congruencia con sus principios, los poderes “chthónicos”, no viene a exterminar o arrumbar a la inteligencia, ni a rebelarse contra la verdad y sepultar a las ciencias y a los institutos culturales, sino que viene a transfundir todo en su espíritu racional, a dirigir los institutos culturales y a la cultura misma, con arreglo a sus orígenes prístinos, y a retrotraer, revertir y poner los poderes históricos supremos sobre la base de los poderes existenciales “chthónicos”, entre los cuales hallamos el intelecto, el espíritu racional. Propiamente, ahora es cuando los poderes históricos van a hacerse autóctonos, esto es, profundos y radicales porque van a reposar sobre sus raíces, a reimplantarse en la existencia integral del pueblo, de su vida espacial y racial, de su vida social y política, de su vida cultural y universal. Ya los poderes históricos no serán poderes escindidos,

emancipados, superestructuras del alma nacional, sino que serán radicados, incorporados y enfeudados en el alma nacional, en la existencia "chthónica" de la Patria.

[ARRIBA, 14 de octubre de 1939]